

AMARRADOIRO. CASTRO DE TROÑA

Granito labrado

Siglo I a. C. – I d. C.

Brazo ascendente: Longitud, 15 cm Brazo transversal: Longitud, 19 cm

Frente: Anchura, 7 cm

Castro de Troña (Pías, Pontearreas, Pontevedra)

Nº de Inv.: CE000146

En el repertorio de piezas de lo que se conoce como elementos arquitectónicos dentro de la plástica castreña: dinteles, jambas, frisos y quicios, los amarradoiros son una de las creaciones más singulares dentro los útiles o enseres. Son piezas realizadas en granito en forma de brazo cerrado en ángulo obtuso, con una de sus partes destinada a ajustar en un muro, y la otra, la mejor trabajada, a sobresalir de la pared. La parte que encaja tiene, habitualmente, forma de paralelepípedo irregular; y a otra, la visible, suele estar trabajada y presentar cierta decoración. Su tamaño es variable, la mayoría tiene forma de cuerno, están bien labrados pero no tienen una decoración significativa. Otros, sin embargo, presentan los lados facetados o están decorados en la parte frontal y lateral por toros y escocias más o menos profundos y paralelos, que se prolongan sin solución de continuidad por la parte inferior del brazo transversal, como son por ejemplo los hallados en San Cibrao de Las, Outeiro de San Marcos y Armea; forma de cuerno tienen los únicos amarradoiros exhumados, por el momento, en Castromao. Son dos piezas de tamaño considerable y magnífica factura que aparecieron en el vestíbulo de una casa junto con materiales de cambio de era y formando pareja, lo que llevó a su descubridor, Orero Grandal, a definirlos como elementos de suspensión. Menos comunes, son los que muestran una decoración de tipo geométrico y zoomorfo como los conservados del castro de Troña (Pías, Pontearreas). Tradicionalmente se vienen interpretando como objetos de uso meramente

práctico y funcional. Así, parece afirmarlo Calo Lourido y otros arqueólogos. Ven en ellos meras piezas funcionales destinadas a amarrar al ganado, comparándolas con piezas actuales que, hasta hace poco, se encontraban en los establos; otros investigadores opinan que pudieron ser empleados como colgadores o para sostener vigas, pero en general son piezas que pasan desapercibidas. Ya Cuevillas, cuando las describe apunta la posibilidad de otros uso para ellas: "...otras piedras acodadas de la misma citania...", se está refiriendo a las encontradas en Troña "...que se conocen con él nombre de "prioes de ganado", pero que pudieron servir para otros usos...". Esos otros usos intuitos por Cuevillas parece que pueden ser confirmados por los últimos hallazgos en las excavaciones en el monte do Facho (O Hío, Cangas), como explicaremos más adelante.

El amarradoiro que hoy nos ocupa tiene un brazo transversal y otro ascendente. Este no arranca directamente del codo, haciendo ángulo, sino que se incurva bastante hacia abajo antes de comenzar la subida. Está decorado por los laterales y por el frente ascendente con un tema de losange o rombos concatenados que se juntan, todos ellos, en el final de la pieza, y que puede evocar una serpiente. Apareció en el castro de Troña en el año 1929, en las excavaciones arqueológicas sistemáticas dirigidas por Luis Pericot García y Florentino López Cuevillas, durante la limpieza de la muralla por el naciente del castro, en la acrópolis, donde se había desarrollado la totalidad del trabajo arqueológico realizado en las campañas anteriores. En la campaña del veintinueve, se localizó la segunda muralla perteneciente a la terraza y varias construcciones castreñas de planta circular y elíptica que proporcionarían numeroso material: una fíbula de bronce, y hebillas; una punta de hierro y una hoja de cuchillo del mismo metal; cerámica castreña y romana; pesos de red y varios amarradoiros decorados. Estos no muy lejos de donde, en las campañas anteriores, había aparecido un petroglifo grabado con una serpiente, símbolo, sin duda, de un culto ancestral. Esto nos llevan a pensar que nuestra pieza pudiese tener cierta semejanza, apartándola así de su función meramente práctica, con los

dos amarradoiros con decoración zoomorfa hallados en las excavaciones del Monte do Facho (O Hío, Cangas), realizadas por José Suárez en 2008.

En el artículo “A arquitectura sagrada en la cultura castreña” publicado en Portugalia, en el año 2015, narra que se excavaron cuatro estructuras ubicadas en un aterrazamiento, desde donde se divisa un paisaje grandioso, que lleva la vista al otro lado del mundo. Las cuatro construcciones estaban todas ellas divididas por muros en su interior, lo cual es raro en las edificaciones castreñas. Aparecían además otras estructuras de difícil interpretación, como unas repisas de forma cuadrangular colocadas contra los muros. No había hogares, ni materiales. Pero sí otros elementos que indicaban otros caminos a seguir. Un betilo o piedra sagrada de forma cónica con grabados y un perpiaño con una serpiente grabada semejante a la encontrada en Troña. En el exterior, su descubridor explica además que aparecieron dos amarradoiros, uno de ellos con la figura de un jabalí y otro con la cabeza de un carnero. Como indica la estratigrafía, ambos aparecieron caídos de la parte de la arriba de las casas, y no tiene sentido situarlos a esa altura para amarrar al ganado. Por otro lado, las casas están tan juntas y en un lugar tan poco accesible que es impensable que se pudiese haber llevado al ganado por allí. Por lo que parece inviable que los amarradoiros pudieran servir para atar a las bestias. Y concluye diciendo, que trescientos años antes del santuario galaicorromano, donde se adoraba y se pedía por la salud al dios Berobreo, todo el castro era un complejo religioso, con pequeños templos dedicados a las deidades galaicas y espacios para banquetes rituales. Las casas y construcciones que se ven en las terrazas son pequeños templos dedicados a deidades concretas relacionadas con animales. Y que los amarradoiros serían exvotos que se ofrecían como conmemoración de un voto o promesa por alguna gracia recibida. Uno de ellos asociado a un jabalí, otro a un carnero, animales que por otra parte no es ajena la cultura castreña. Y propone que estas piezas, los amarradoiros, objetos que se encuentran con cierta frecuencia en yacimientos de la Edad del Hierro, nos pueden acercar al mundo de la ceremonia y del culto. Por lo que, aquellos que tienen una decoración más

compleja o zoomorfa podrían condensar el significado que para su economía, para su forma de vida y para sus creencias suponían los animales. Con su representación y ofrenda los protegerían y encomendarían a la divinidad. Reforzaría esta teoría el hecho de que, de los que conocemos, ninguno de ellos presenta desgaste de roce ni de cuerda, ni muestran señales de apoyo y su decoración se conserva muchas veces intacta, por lo que parece inviable su uso como objeto únicamente utilitario.

¿Tendría nuestra pieza la misma función? ¿Las croas donde se encuentra escaso material, pero sí piezas con significado simbólico/religioso podrían ser espacios sagrados? En el mundo mediterráneo tenemos numerosos espacios de culto dentro de los asentamientos; ¿por qué aquí no?; ¿no los sabemos ver?; ¿no los sabemos interpretar? ¿Tenía Troña en su acrópolis un lugar sagrado para hablar con dioses?

Dar respuestas a estas preguntas es conocer nuestro patrimonio y con él nuestra identidad. Cuevillas anheló y lo consiguió, y Nós también.